

La bufanda de Jechús

Hacía frío. Mucho frío. Pero a Jechús eso le encantaba. Porque con el frío uno sentía que su respiración era más limpia que en otras estaciones del año, porque en un día como éste no había nada mejor que un chocolate calentito o ir dibujando nubes de vapor por la ciudad, porque con el frío también llegaba la Navidad.

Siempre que todo eso sucedía, Jechús no estaba solo. Su mejor amiga era su bufanda, una prenda que no sólo lo protegía del frío, sino que también le ayudaba a hacer cualquier cosa adoptando mil y una formas: que si ahora un columpio, que si una graciosa mano para indicarle dónde quería ir e incluso un corazón cuando Jechús se encontraba con Natalia, la niña más graciosa de clase.

Pero un día la bufanda salió volando de su cuello empujada por una fuerte ráfaga de viento. ¿Qué haría Jechús sin ella?

- Lo mejor será ir a buscarla cuanto antes.- Se dijo para sí mismo el niño.

Surcando el cielo de la ciudad, la bufanda no estaba ni mucho menos asustada, y en pocos segundos tomó la decisión de aprovechar la ocasión y pasárselo bien. Mientras su mejor amigo la buscaba, la bufanda hizo reír a los peatones que se paraban para verla dibujar siluetas de animales, y también se puso a jugar con los niños de un parque cercano hasta que escuchó un sonido poco familiar.

- ¡A-a-a-aaaachís!- Estornudó un niño a pocos metros de ella.

En ese momento, atraída por la curiosidad, la bufanda se dirigió al él y se envolvió alrededor de su cuerpo, que pronto dejó de temblar. Así se quedaron hasta que Jechús apareció

a su lado, cansado pero feliz por ver que su traviesa amiga había hecho un nuevo amigo.

Juntos acabaron de pasar la tarde, riendo gracias a las ocurrencias de la graciosa bufanda, la amiga inseparable, o casi, de Jechús.

